



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100 % del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

UNA A UNA EN LA OSCURIDAD

DEIRDRE MADDEN

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2025
TÍTULO ORIGINAL: *One by One in the Darkness*

© Deirdre Madden, 1997
© de la traducción, Regina López Muñoz, 2025
© Errata naturae editores, 2025
C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 979-13-87597-11-5
DEPÓSITO LEGAL: M-16311-2025
CÓDIGO IBIC: FA
IMAGEN DE PORTADA: © David de las Heras, 2025
MAQUETACIÓN: Jorge García Valcárcel
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

*Para mi madre, Mary Madden,
y mi hermana, Angela Madden,
con cariño.*

CAPÍTULO I.

SÁBADO

El hogar era un cielo inmenso; eran campos llanos de tierra pobre bordeados de majuelos y alisos. Eran pájaros en vuelo; eran nubes de mosquitos como columnas de humo en un crepúsculo de verano. Era agua gris; era un viento enloquecido; era una sólida casa de piedra donde el silencio resultaba inquietante.

Cate regresaba a su hogar.

Se despertó temprano aquella mañana. Las últimas semanas había dormido mal —como era de esperar—, y aquel día se quedó más de una hora tumbada en la cama, pensando en su familia. Le gustaba imaginarlas aún dormidas, cada una de las tres mujeres en la cálida oscuridad de su cuarto: Helen en su casa en Belfast; Sally y su madre en el hogar, en el campo. Más tarde, cuando por fin se levantó y se puso a hacer café y a preparar la maleta para el viaje, pensó en el despertar de todas ellas. Helen alargaría una mano, encendería la radio y remolonearía un rato escuchando música clásica. Sally bajaría y, aún en batín y con los ojos legañosos, contemplaría inexpresiva el cielo cubierto mientras esperaba que la tetera rompiera a hervir. Haría té y lo subiría al dormitorio de su madre. Era el ritual de cada mañana de

sábado. Lo tomarían juntas y comentarían tranquilamente la semana que dejaban atrás y el fin de semana que estaba a punto de arrancar; y hoy, Cate lo sabía, el tema estrella de la conversación sería su regreso. Decidirían con qué comida la recibirían y tal vez especularían acerca de los motivos que llevaban a Cate a ir a casa tan de improviso; pero, aun barajando esta posibilidad, era un alivio pensar con esa intensidad en su madre y sus hermanas.

En el trayecto desde Primrose Hill hasta el aeropuerto de Heathrow, su ansiedad no hizo más que intensificarse. Una vez en el vestíbulo de salidas, facturó y se puso a dar vueltas junto a los ventanales, nerviosa, viendo los aviones que circulaban por la pista y despegaban. Dio la espalda al espectáculo y fue al aseo a retocarse el pelo y el maquillaje; sacó un frasco de perfume francés y se roció un poco en las muñecas. Por lo común, mirarse en el espejo apaciguaba a Cate. Bastaba una ojeada rápida: el cabello abundante y cobrizo, el cutis fino y pálido, las facciones delicadas, esa ropa espléndida y esas joyas que quedaban fuera del alcance de la mayoría. «Con independencia de cómo te sientas», se decía a sí misma, «esto es lo que ven los demás, y en función de ello te juzgarán». Sin embargo, de un tiempo a esta parte el truco ya no le restituía la confianza, y aquel día también le falló, de ahí que se llevara un dedo a la frente para tocarse una cicatriz minúscula, invisible, que tenía en el nacimiento del pelo. Con seis años se dio un topetazo contra una prensa de heno y la herida fue tan grave que tuvieron que llevarla al hospital para que le dieran puntos; la sutura había dejado una marca muy leve que la había acompañado el resto de su

vida. Palparla —fugazmente, para que nadie nunca advirtiera lo que estaba haciendo— restablecía una percepción de la realidad, de su propia identidad, más eficaz que escudriñar su propio reflejo.

Volvió al vestíbulo de salidas y compró un periódico. Por pura costumbre, sus ojos repasaron los expositores en busca de la portada de la revista de moda para la que trabajaba. Luego pidió un café, a pesar de que no le apetecía, como tampoco leer el periódico. Le echó azúcar sólo por hacer algo y lo removió, dejó la cucharilla en el platillo y se quedó mirando la taza. La aterrorizaba lo que fueran a decirle en casa. Habría lágrimas, eso por descontado, y algunas las derramaría ella. Habría palabras duras, y se preguntó cómo las encajaría. Por más daño que le hicieran, debía procurar no decir nada de lo que más tarde pudiera arrepentirse.

Una voz anunció que se iniciaba el embarque del vuelo de British Airways con destino a Belfast. Cate se puso de pie.

En el pasado se había sentido invencible. No es que no se planteara la posibilidad de que se le viniera encima el desastre; pensaba en ello, pero llegaba a la conclusión de que no sucedería. Su vida era venturosa. De adolescente se guarecía bajo los árboles cuando arreciaban las tormentas eléctricas, convencida de que no corría peligro alguno. No podría producirse un accidente en un tren o un avión en el que ella viajase. Su belleza era impresionante y lo sabía. Durante años creyó a pies juntillas que podría conseguir absolutamente todo lo que deseara. Su familia no entendía de dónde le venía aquel... aquella... seguridad, como ella misma la llamaba

entonces. Arrogancia, diría ahora. Una sensación que la abandonó aquella noche de octubre de hacía dos años en la que Sally la telefoneó y le contó lo que había pasado. En cuanto la conversación hubo acabado, Cate cortó la comunicación con las yemas de los dedos y con la otra mano agarró el bolso para sacar la tarjeta de crédito y la agenda. Llamó a British Airways y con rapidez y eficacia reservó un asiento en el último vuelo del día a Belfast. Acto seguido pensó: ¿a quién más debería llamar? Tenía amistades en Londres, buenas amistades, pero se dio cuenta de que no había nadie a quien deseara contarle lo ocurrido, mucho menos nadie con quien le apeteciera pasar aquellos momentos. Lo único que quería era estar en casa. Así que cerró la agenda y se encaminó al dormitorio para hacer la maleta.

El espacio que Cate definía como «guardarropa» era tan amplio que más bien se trataba de un cuarto pequeño en el que podía moverse con facilidad, como hizo aquella noche para examinar los rieles de prendas. Estuvo un rato revolviendo entre los vestidos, las chaquetas y las faldas en busca de conjuntos adecuados para la ocasión, pero a todo le encontraba pegas: demasiado claro, demasiado vistoso, demasiado sofisticado. La única ropa oscura que tenía era de fiesta. Por fin localizó un vestido gris que sólo se había puesto en una ocasión y un abrigo negro de corte clásico. Pasó a los zapatos. Nunca se había percatado de que tuviera tantos pares.

De pronto se recordó a sí misma en el dormitorio de abuela Kate un día de lluvia mientras ésta se probaba un traje lila que acababa de comprarse; lo estrenaría en la misa del Domingo de Pascua. Cate, sentada en la cama, jugaba con el pompón

de una polvera y una cajita de talco con perfume de violetas que había sisado con disimulo del tocador; abuela Kate no la había pillado porque sólo tenía ojos para su propia imagen en el espejo. Plantada entre el lujo silencioso de su propio guardarropa, Cate recordó con una nitidez inquietante el dormitorio de su abuela: la colcha de ganchillo, la lluvia en el cristal de la ventana, un aroma a violetas y polvo. Hundió el pom-pón en el talco y se lo pasó por la cara.

—Abuela Kelly sólo se viste de negro —comentó—. Porque abuelo Kelly se murió.

Abuela Kate sonrió a su propio reflejo y se alisó el cuello del traje con los dedos.

—Yo de negro no me vestiría ni aunque se murieran todos mis seres queridos —respondió con franqueza.

Subió al taxi que la llevó al aeropuerto aquella noche enfundada en un abrigo azul martín pescador. Llegó al aeropuerto, facturó y embarcó como de costumbre. Sin embargo, en el momento en que el avión circulaba por la pista antes del despegue advirtió que, por primera vez en su vida, estaba aterrorizada, como una funambulista que de pronto toma conciencia del abismo al que podría caer en un abrir y cerrar de ojos. Aquel pavor la obligó a creer, a creer de veras, en la realidad de lo que Sally le había contado. El hechizo se había roto, la vida venturosa había tocado a su fin.

Durante el vuelo de aquella mañana de sábado no paró de escrutar su propio nombre en la tarjeta de embarque. Cuando empezó a trabajar en el sector periodístico le desagradaba la impresión que transmitía su nombre impreso. Kate Quinn.

Demasiado irlandés, pensaba, demasiado de campo; entusiasmada, se le ocurrió cambiar la K por una C. Cate Quinn. Nunca se le pasó por la cabeza que su familia fuese a ver el gesto con malos ojos, por eso la afligió y la avergonzó descubrir que se lo habían tomado como una ofensa, como un rechazo hacia ellos. No es que nadie le comentara nada, pero pasaron años hasta que su madre adoptó la nueva grafía en las cartas que le escribía cada semana, y su padre jamás abandonó el antiguo nombre. Tío Brian todavía la llamaba «Katie», como había hecho siempre; era posible que ni siquiera fuera consciente de la decisión que ella había tomado. Durante un tiempo, Helen estuvo dirigiendo su correspondencia a «Cate Kwin», lo que a la sazón Cate se tomó como un desprecio, si bien años después le veía su lado cómico.

En el momento en que sobrevolaban Belfast acercó la cara a la ventanilla y contempló la entrada de mar de Belfast Lough, las pasarelas de los astilleros, la ciudad y las montañas oscuras que se elevaban tras ella. En Belfast tampoco habría sido feliz. En una ocasión, le preguntó a Helen si le gustaba vivir y trabajar allí, a lo que su hermana contestó: «No sé si diría tanto». «Gustar» no era un verbo predominante en el vocabulario de Helen. Y no porque no le gustaran mucho algunas cosas; más bien, sospechaba Cate, no le agradaba hablar de ellas.

El avión corrigió el rumbo y perdió altitud. Apareció el lago Neagh, una fría extensión de aguas grises, y Cate vislumbró campos y granjas. Examinó la tierra con intensidad, como si tratara de extraer alguna enseñanza, como si la viera por primera vez, aunque en verdad no podría haberle

resultado más familiar, era el paisaje que le servía de rasero para juzgar todos los demás. Un rebaño de ovejas con una marca azul que proclamaba quién era su dueño se dispersó asustado por un prado junto a la pista de aterrizaje.

La gente se giraba para mirarla cuando atravesó el vestíbulo de llegadas de Aldergrove. El día en que Cate dejara de volver cabezas empezaría a preocuparse. Helen la estaba esperando. El gran parecido entre las hermanas quedaba hasta cierto punto enmascarado por sus diferencias a la hora de arreglarse, por la vestimenta carísima de Cate y su acicalamiento impecable. Se acercaron a la cinta. «Mira, la tuya», dijo Helen a la vez que señalaba con la cabeza un bolso de deporte de cuadros escoceses cuarteado con dos borlas de lana atadas al asa para facilitar su identificación. Cate rió en el momento en que se agachó a recoger lo que de verdad era su equipaje: una elegante maleta de piel.

—Perdona, está hecho un asco —se disculpó Helen cuando abrió la portezuela del coche, aunque Cate se habría llevado una sorpresa, incluso un chasco, si no se hubiese encontrado con el amasijo habitual de revistas, periódicos, zapatos desparejados y cintas de casete, todo generosamente aderezado con envoltorios de caramelos y bombones. Helen giró el contacto y los altavoces empezaron a atronar una ópera. Se inclinó y bajó un poco el volumen, pero interrumpió lo que estaba diciendo para escuchar la música un segundo—: ¿Te importa que la deje? Suena fenomenal.

—Adelante —dijo Cate—. Bueno, ¿qué tal? ¿Cómo está todo el mundo?

—Todas bien. Mamá muy emocionada de que vengas para una semana. Un poco fuera de sí por la poca antelación.

—Hubo un problema con las vacaciones en la oficina —explicó Cate—. Me debían cinco días y me han presionado para que me los cogiera ya. Si no, los perdía.

—Igual puedes volver más entrado el verano, en la época en la que sueles venir.

—Igual —respondió Cate, no muy convencida.

No se habían alejado mucho del aeropuerto cuando tuvieron que parar en un control de seguridad, y Cate vislumbró las mismas ovejas que había visto correr despavoridas justo antes del aterrizaje, ahora apiñadas junto a un seto, meneando las mandíbulas con gesto bobalicón. Helen echó de nuevo su permiso de conducir en el bolso abierto y siguieron su camino. Un sol débil se batía contra unos nubarrones veloces. Se puso a llover.

—¿Qué tal en el trabajo? —quiso saber Cate, y Helen frunció el ceño.

—Sin grandes novedades. Estamos defendiendo a Maguire, el que se cargó a un taxista. Te hablé de él, ¿te acuerdas? ¿No? Pues con él estoy ahora mismo.

—¿Sigues volviendo a casa algunos fines de semana?

—Últimamente, casi todos. Algo muy extraordinario tiene que pasar para que no vaya. Suelo llegar el viernes por la noche; esta semana me he esperado al sábado para recogerte y no tener que desandar camino por la mañana. Cielos, no, Cate, necesito salir de la ciudad en cuanto empieza el fin de semana. Es mi válvula de escape.

Algunas casas del extrarradio de Antrim lucían ya banderas británicas y del Úlster en previsión de las celebraciones del Doce de Julio¹, a pesar de que sólo estaban a mediados de junio. Banderines rojos, blancos y azules decoraban las calles.

—Se me ha ocurrido que podíamos ir por aquí, atravesando la ciudad —comentó Helen—. La ruta turística en vez de la autopista. Total, prisa no hay.

Saliendo de Antrim, Cate se fijó en unos maderos pequeños con mensajes clavados en varios árboles y postes de telégrafos. ¿DÓNDE ESTÁ VUESTRA BIBLIA?, decían. ¿QUÉ ETERNIDAD? Y ¡ARREPENTÍOS!

Entre Antrim y Randalstown había un muro de piedra que, en el pasado, se había alzado intacto a lo largo de los seis kilómetros que separaban ambas localidades, delimitando la finca que rodeaba el castillo de Shane. Aquella propiedad, como otras que conocía, había fascinado a Cate durante su infancia, una fascinación que instintivamente sabía que debía ocultar, sobre todo a tío Brian. Allí la vida debe de ser tan distinta..., pensaba. Casi había llegado a convencerse de que hasta los árboles que se distinguían desde el otro lado del muro eran muy diferentes de los que crecían en la granja de su padre. Lo imaginaba todo como en los libros: estancias a rebosar de objetos bonitos y retratos al óleo de mujeres con rostros alargados y pálidos en marcos dorados; jinetes que recorrían la finca a lomos de soberbios caballos grises o mujeres que bordaban junto a la chimenea y cuando querían

¹ Día grande para los protestantes de Irlanda del Norte, que celebran con desfiles orangistas y lealistas la muy simbólica victoria del británico Guillermo de Orange sobre el rey católico Jaime II en 1690. (Todas las notas son de la traductora).

un té hacían sonar una campanilla y aparecía una doncella acarreando una bandeja con tazas de porcelana china y una tetera de plata. Ahora sonreía al rememorar todo aquello. Tío Brian solía hablar del muro y de los lugareños pobres que lo habían levantado. «Dos peniques al día y una libra de gachas de avena, esa miseria cobraban por deslomarse», decía. Su padre nunca mencionaba esas cosas, aunque, de hecho, le interesaba la historia local bastante más que a su hermano.

La curiosidad de Cate quedó satisfecha en la década de los setenta, cuando hicieron la autopista a Belfast, que pasaba por el centro mismo de la finca. Lo más extraordinario era que no se había equivocado. Aquello *era* diferente, se parecía a las fotos de la campiña inglesa, exuberante y a rebosar de árboles magníficos, castaños de Indias, robles y hayas cobrizas, nada que ver con los enclenques arbolillos que delimitaban los campos llanos de su padre, y eso que apenas los separaban unos pocos kilómetros. En el arcén de la autopista se veía a veces algún faisán desorientado que se había salido de la finca. Ahora podía visitarse el castillo de Shane, había algo así como un trenecito para turistas, pero Cate había perdido el interés hacía mucho tiempo.

Al cabo de poco más de un kilómetro, el territorio empezó a allanarse. Helen se salió de la vía principal y dio una serie de giros a izquierda y derecha, adentrándose por una red de carreteras cada vez más estrechas bordeadas de setos altos. El sol había logrado traspasar las nubes otra vez; las hermanas vieron su luz pálida centellear sobre las aguas del lago y, a lo lejos, la oscura joroba azulada que era Slieve Gallion. Cate bajó la ventanilla. En comparación con el calor bochornoso

del verano londinense, el aire límpido y fresco con olor a lluvia reciente era un bálsamo. Enseguida avistarían el tejado de su casa por encima de los setos frondosos y, un poco más allá, las chimeneas rojizas de lo de Brian. La angosta calzada que conducía a la granja era irregular y estaba llena de baches, y Cate vio a su madre esperándolas junto al ventanal del salón, como era su costumbre desde siempre. Cuando salió al escalón a recibirlas, Cate la abrazó y se echó a llorar; de pronto tuvo miedo de saltarse sus planes y largarle la noticia en aquel preciso instante.

—Hemos preparado salmón para almorzar —dijo su madre cuando se metieron en la cocina, donde Sally batía nata en un cuenco de cristal—, y para mañana he comprado una pierna de cordero. Quítate la chaqueta y ponte cómoda, enseguida te servimos.

Al ir a sentarse, Cate reparó en un retrato grande y enmarcado de su padre encima del aparador. Lo cogió y su madre interrumpió el proceso de colocar la vajilla en la mesa.

—¿Has visto qué hermosura, Cate? Sally me compró el portafotos por mi cumpleaños y Helen conocía a alguien que amplió la imagen, y eso que no teníamos el negativo. Es la foto suya que más me gusta, es tu padre tal como era cuando lo conocí.

Cate se quedó mirando la foto.

—Pobre papá —musitó al cabo de un momento, y la dejó de nuevo en el aparador.

—Qué placer tan inesperado tenerte aquí en esta época del año —comentó su madre a la vez que todas tomaban asiento—. ¿Cómo es que te ha dado por venir ahora?

—No sé —repuso Cate—. Se me ocurrió sin más. Ha sido una suerte que me dieran los días en el trabajo. Hubo un poco de tira y afloja, pero al final conseguí las fechas que quería.

—Estupendo —dijo su madre.

—Ya lo creo que sí. —El tono de voz de Helen provocó que Cate se volviera hacia ella.

Su hermana le dedicaba una mirada adusta, y de repente Cate se acordó de lo que le había dicho en el coche. Conque Helen había sido la primera en pillarla; sabía ya que había gato encerrado. Desvió los ojos, desconcertada y avergonzada.

—Tienes que darle un toque a Brian —añadió su madre pasándole a Cate un cuenco con zanahorias—. Está loco por verte. Se ha pasado antes preguntando a qué hora llegabas, pero hemos intentado quitárnoslo de encima hasta mañana.

—Déjala comer tranquila, mujer —protestó Sally—, no la agobies ya con las llamadas.

Cate adoraba la primera comida con su familia cuando regresaba a casa; conversaban, reían y compartían las noticias que se habían dejado en el tintero en sus muchas cartas y llamadas telefónicas. Se retrotraía a la complicidad visceral e inconsciente que compartían cuando de niñas cenaban alubias en tomate y varitas de pescado alrededor de aquella misma mesa. Tío Brian siempre decía: «Jamás he conocido a tres hermanas tan unidas ¡y tan diferentes!». Y no había dejado de ser cierto. Si no hubieran sido hermanas, jamás habrían sido amigas. Cate sabía que, a ojos de Helen, su vida era puro glamur vacío, que su hermana le atribuía unas preocupaciones frívolas —celulitis, rímel resistente al agua— que

no se correspondían con la realidad. La propia Cate veía con algo parecido al espanto el empleo de Helen como abogada especializada en terrorismo en un despacho encima de una licorería en Lower Falls². Tanto Helen como Cate se preguntaban cómo era capaz Sally de soportar el tedio de su vida como maestra en la escuela primaria donde las tres habían estudiado de pequeñas; y, pese a todo, llegados a cierto punto nada de eso tenía la menor importancia. Eran hermanas y con eso bastaba.

Sin embargo, mientras comían el salmón aquella tarde de sábado, Cate fue consciente de eso otro que las unía y que no había existido durante la niñez: lo que le había ocurrido a su padre. Deseaban infundirse valor. Cate tenía la sensación de que sólo con mirarlas la gente era capaz de adivinar que algo no iba bien, que algo las había asustado; y ese miedo era como un hilo que las conectaba entre ellas y las aislaba del resto del mundo.

Después de comer, Cate deshizo el equipaje y repartió los regalos que había traído: vino, bombones, perfume, libros y las insoslayables pilas de revistas satinadas. A media tarde, salió a dar un paseo sola con una chaqueta y unas botas de goma que Sally le prestó. Atravesó la hierba alta de los campos como quien vadea el mar. Tras los chaparrones de la jornada, el sol se escondía entre unas nubes blancas que resquebrajaba y veteaba de una luz rosada y azul como la del ópalo que Cate lucía en la mano derecha. Gotas de lluvia

² Barrio de Belfast tradicionalmente obrero y católico, epicentro y símbolo de la violencia en la capital norirlandesa durante el conflicto.

chorreaban de las briznas de hierba a medida que ella avanzaba despacio por el prado. ¿Qué le dirían? Su único consuelo era que el sábado siguiente a esa hora todo se sabría ya.